un cuarto de hora no se movieron, teniendo Teresa la espantosa serenidad de sostener el cadáver para que Julián no se fatigase tanto. Por fin, se apagó la luz de la habitación de la marquesa, y pudieron descender al piso bajo. Estaban salvados.

Teresa abrió de nuevo la antigua puerta condenada. Y cuando Julián se encontró en medio de la plaza de las Cuatro Mujeres con su terrible carga en los hombros, contempló por última vez, en lo alto de la escalinata, la figura radiante de Teresa con los brazos desnudos y su deslumbrador traje de baile.

Así le esperaría.

V

¡Dormir.... dormir siempre!

Julián tenía una fuerza de un toro. De joven se entretenía en ayudar á los matarifes y en transportar grandes troncos de árboles sobre sus hombros. Así es que llevaba el cadáver de Colombel como si fuese una pluma, marchando regocijado, con alegría maldita. Aquel raquítico Colombel no se burlaría más de él, y al considerar que su mortal enemigo, su rival, estaba ahora rígido y frío, no podía menos de sentir una diabólica satisfacción; y afianzándolo sober

su cuello con un enérgico movimiento de hombros, crujía los dientes y adelantaba el paso.

La ciudad permanecía envuelta en la mayor obscuridad; sin embargo, en la plaza de las Cuatro Mujeres, había luz en la ventana del capitán Pidoux: sin duda el capitán se encontraba indispuesto; se veía su prolongada silueta yendo y viniendo delante de la ventana. Julián, sobrecogido, investigaba los edificios que tenía enfrente, cuando oyó toser á una persona. Julián se ocultó en el quicio de una puerta reconociendo á la mujer del notario Savournin, que tomaba el fresco mirando las estrellas, lanzando hondos suspiros. Esto era una fatalidad. De ordinario, á aquellas horas, en la plaza de las Cuatro Mujeres reinaba gran silencio. Felizmente, la señora Savournin volvió pronto al lado del honrado notario, cuyos sonoros ronquidos se oían desde la calle. Cuando aquella ventana se hubo cerrado, Julián atravesó precipitadamente la plaza, esquivando siempre la luz que se escapaba de la mansión del capitán Pidoux.

Por fin entró en la calle del Buen Sol; allí las casas estaban tan próximas y la vía era tan tortuosa, que la claridad de las estrellas no llegaba hasta el suelo. Cuando Julián se vió en aquella obscuridad, un deseo irresistible de correr le impulsó á emprender brusca-

mente un galope desesperado. Era estúpida aquella carrera, pero él sentía todavía detrás de sí la claridad de la plaza con las ventanas del notario y del capitán alumbradas como dos grandes ojos que le miraban. Sus zapatos producían sobre las losas de la calle un ruído tal, que no parecía sino que le venían persiguiendo.

De pronto paró en su carrera. Delante de él, á algunos metros de distancia, había oído la voz de algunos oficiales que salían de la fonda de la calle de Buen-Sol. Sin duda venían de celebrar el ascenso ó permuta de algún compañero; si subían la calle arriba, estaba perdido; ninguna calle lateral le permitía escapar, y no tenía tampoco tiempo de volver hacia atrás: el rozar de las botas y el chocar de los sables, le producía una angustia espantosa: durante un instante no pudo darse cuenta de si el rumor de aquellas gentes se aproximaba ó se alejaba. Poco á poco aquellos ruídos fueron disminuyendo, lo que decidió á Julián á continuar su camino, procurando el mayor sigilo posible; si hubiese tenido tiempo, hubiera marchado con los pies desnudos. Por fin, Julián se encontró en la puerta de la ciudad.

Nadie le cerró allí el camino, y pudo pasar libremente. Pero la brusca claridad del campo al salir de la estrecha calle de Buen-Sol, le sobrecogió de es-

panto. Se imaginaba que una muchedumbre inmensa le contemplaba, espiando todos sus actos. Y sin embargo, nadie turbaba la tranquilidad de aquella hermosa noche, en la que la naturaleza se presentaba en todos sus encantos.

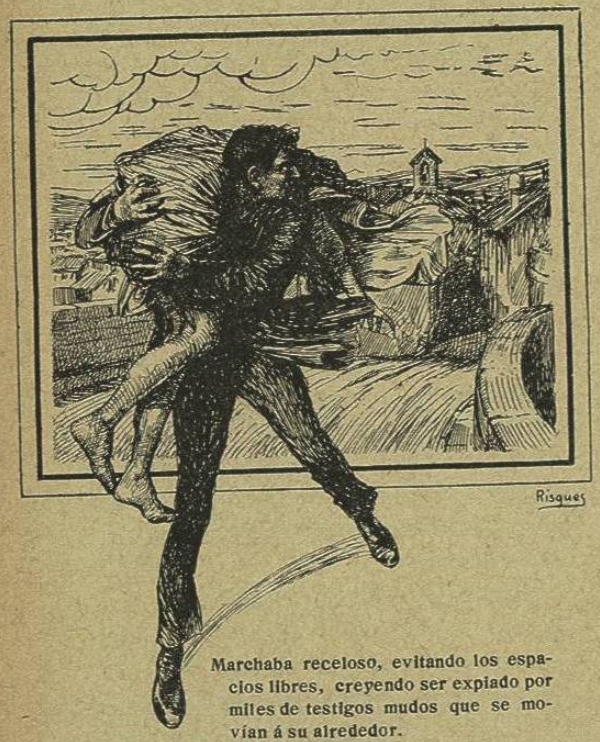
Allí estaba el puente. Julián distinguía perfectamente la blanca cinta del camino y los dos pretiles bajos y grises como dos bancos de granito, y sentía la tranquila música del Cantaclaro, deslizándose entre las hierbas.

Ahora marchaba receloso, evitando los espacios libres, creyendo ser espiado por miles de testigos mudos que se movían á su alrededor. Y lo que más temía era atravesar el puente; allí se encontraría completamente al descubierto, frente á la ciudad tendida en anfiteatro, y cruzaría por aquel mismo sitio donde tenía la costumbre de sentarse á tomar el fresco, contemplando la corriente de las aguas.

El Cantaclaro hacía en cierto sitio de su curso un gran remanso tranquilo y obscuro, donde las aguas producían frecuentes torbellinos al precipitarse en las rocas socavadas por la corriente. ¡Cuántas veces Julián se había entretenido en arrojar piedras en aquel remanso para medir la profundidad de las aguas!

Haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, Julián, por fin, atravesó el

puente. Ya estaba en el sitio preciso. Inclinándose sobre el pretil, se distinguía el remanso del río, ocultando las fosas traidoras de su interior. Julián dejó su carga en el suelo, sintiendo un



Marchaba receloso, evitando los espacios libres, creyendo ser expiado por miles de testigos mudos que se movían á su alrededor.

deseo irresistible de contemplar por última vez á su rival. Los ojos de todos los habitantes de la ciudad clavados en él, no le hubiesen impedido satisfacer este capricho. Por espacio de algunos

segundos permaneció Julián inmóvil delante del cadáver. El agujero de la herida estaba completamente ennegrecido. El solemne silencio de la noche se interrumpía con el chirrido de una carreta, rodando allá á lo lejos. Julián tomó de nuevo el cuerpo de Colombel y lo puso sobre el petril, conteniéndole para evitar un golpe demasiado ruidoso al caer. Pero, sin saber cómo, los brazos del cadáver se habían entrelazado tan fuertemente alrededor del cuello de Julián, que éste fué arrastrado por la rampa, y estuvo á punto de ir con el cadáver al fondo del río. Colombel había querido llevarle con él. Por fortuna pudo agarrarse á la piedra saliente, salvándose así milagrosamente.

Cumplido su cometido, sentóse un momento en la misma piedra donde lo hacía de ordinario cuando salía de paseo; y allí, con la espalda encorvada, las piernas colgando y la actitud fatigada de siempre, contempló un momento el negro remanso del Cantaclaro, donde Colombel había querido llevarle. Estaba seguro de que, á pesar de estar muerto, le había abrazado fuertemente con ánimo de arrastrarle... Pero no, nada de aquello era cierto; allí estaba él, respirando el fresco ambiente del campo y contemplando la argentada corriente de las aguas. Y aquella tranquilidad suprema de la naturaleza le parecía como una

promesa solemne de paz y de ventura.

Después se acordó de Teresa, que le estaría aguardando: estaba seguro. Y la veía siempre en lo alto de la escalinata, junto á la puerta vetusta cubierta de musgo, arrogante y hermosa, con su elegante traje de seda blanca guarnecido de rosas silvestres. Pero tal vez no estaría á la puerta: el frío de la noche la habría hecho retirar á su habitación. Pero ella habría dejado la puerta abierta metiéndose en el lecho, como una recién casada la noche de la boda.

¡Ah, qué delicia! Jamás ninguna mujer le había distinguido de aquella manera. Unos minutos más y llegaba el momento deseado.

Pero entre tanto, sentía que sus piernas desfallecían, notando al propio tiempo vivísimos deseos de dormir. ¿Le faltarían las fuerzas? Para evitarlo, recordaba los momentos del tocado de Teresa, cuando había mudado sus vestidos, y la contemplaba con los codos levantados, los brazos y el cuello desnudos, arreglándose su flotante cabellera y exhalando de la tibia piel de su cuerpo una fragancia voluptuosa que le cautivaba todos los sentidos.

¿Y tendría que renunciar por su debilidad á todas aquellas delicias que no había hecho más que acercar á sus labios? ¡Ah! no, no; si sus piernas no querían llevarle, iría de rodillas.

Y cada vez notaba mayor decaimiento. Ahora ya no sentía más que un deseo irresistible de dormir; dormir siempre. Era aquella una batalla perdida en la cual su amor estaba agonizando. Ahora se le presentaba la imagen de Teresa como una cosa imposible; por nada del mundo la hubiese tocado un pelo de su cuerpo; aquello le parecía inaudito. El techo de la habitación hubiera caído sobre ellos si él se hubiera atrevido á estrechar contra el suyo el cuerpo de Teresa.

¡Dormir, dormir siempre! eso era lo mejor cuando no había nada que le excitase el placer de velar. Ya no iría al día siguiente á su oficina; ya no tocaría jamás la flauta asomado á la ventana; ¿por qué, pues, no dormir para siempre? Su existencia había terminado; ya se podía acostar. Y miraba de nuevo á su lado á ver si Colombel estaba todavía allí. Aquel raquítico Colombel era un mozo listo, ya sabía bien lo que hacía cuando había querido llevarlo consigo.

El Cantaclaro murmuraba con su contínuo correr de las aguas cristalinas por entre las hierbas, mientras la campiña mostraba toda la grandeza de su tranquilidad suprema. Julián, balbuceando torpemente el nombre de Teresa y deslizándose pausadamente por la rampa, cayó por fin con estrépido en el remanso de las aguas.

Y el Cantaclaro continuaba su música entre las hierbas.

—

Cuando al día siguiente se encontraron los dos cadáveres, se inventó bien pronto una historia. Julián había desafiado á Colombel para vengarse de sus contínuas burlas. El primero, como más fuerte, habría matado de una pedrada en la frente á su enemigo, arrojando el cadáver al río; y suicidándose luego por temor al castigo.

—

Tres meses más tarde se celebraba el matrimonio de Teresa de Marsanne con el joven conde de Vetueil.

La desposada estaba radiante de hermosura, con su elegante vestido blanco, que hacía resaltar sus pálidas facciones, reveladoras de una tranquilidad suprema y de una pureza soberana.

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO